

Nº 84 Año III • SEMANARIO INFANTIL • 20 CTS.

# AVENTURAS DE PICHÍ







## Prisionero de los lobos

Por Roberto Baden-Powell

Hace algunos días me relataron una de las aventuras más emocionantes que haya leído o escuchado en mi vida. Se trata de un lucha con los lobos del Canadá; y una vez que el lector lea la descripción quedará pensando qué milagrosa la forma en que se salvó el héroe de la misma. He aquí su relato:

—Era uno de los días más fríos del mes de enero. El termómetro marcaba cuarenta grados bajo cero, cuando abandoné la choza para ir en busca de viveres, a unas veinte millas de distancia del lugar. Jak Gilmur y yo estábamos instalados en una choza y a costa de grandes sacrificios y muchos años de penuria, logramos un regular bienestar. No obstante, en la última temporada nuestras ganancias no habían sido muy abundantes debido a la inclemencia del tiempo, y pocos eran los lujos que podíamos permitirnos. Pero de cualquier manera nos era preciso, imprescindiblemente, proveernos de viveres, y como habíamos postergado el viaje varias semanas, debido a los frecuentes temporales, me era forzoso dejar a Jak al cuidado de la choza y partir hacia el poblado, a pesar de la baja temperatura reinante.

Mi plan era cruzar en trineo hasta Kelvine, al través de una basta planicie solitaria y azotada por el viento, y volver al día siguiente.

Al partir, tuve buena suerte. El viento soplabla en la misma dirección que yo llevaba y poco lo sentí. Por fin, después de varias horas de viaje, llegué con felicidad a mi destino. Luego de cargar el trineo de provisiones, pasé la velada en agradable compañía del proveedor, charlando y jugando a los naipes.

A la mañana siguiente el tiempo amanejó bueno, brillaba el sol, e imaginé que el viaje de regreso sería una delicia. No me apresuré, pues, y sólo partí pasado el medio día. El sol estaba oculto a esa hora por las nubes; pero como no amenazaba tormenta me despedí del proveedor y emprendí el regreso. Nunca olvidaré ese viaje. Al recordarlo, me parece volver a vivir esos

momentos de horribles torturas, esa noche de suplicio horrible. ¡Cuántas veces he agradecido al Todopoderoso la ayuda que me dispensó en ese día y en esa noche de martirio, salvándome de las garras de la muerte!

Las primeras dos millas de viaje las hice con toda felicidad. Los caballos marchaban bien. Pero de pronto comenzó a refrescar y soplar viento del norte, echando con violencia escamas de nieve sobre mi cara. Me pareció que el horizonte se tornaba azul, y cuando quise recordar estaba en medio de una de las tormentas de nieve más terribles que puedo recordar.

Tal es la cantidad de nieve que cae durante una de ellas, que por momentos se pierde el aliento y no se ven ni los caballos del trineo que uno está manejando.

Los pobres animales no podían hacer frente al temporal, como no lo hubiera podido hacer ser viviente alguno. Era imposible. Todos los caminos de la nieve quedaron borrados en menos tiempo del que se puede pensar.

Ocultos en un bosquecillo hacia el oeste, comenzaron a aullar los lobos, los enemigos más terribles que puede encontrar el hombre en medio de la nieve, especialmente si están hambrientos. Yo llevaba un rifle de grueso calibre, pues siempre es conveniente ir prevenido contra esos demonios de la nieve, que por lo general van en jaurías de cincuenta o más. Los aullidos de los lobos no me preocupaban mayormente porque sabía que difícilmente abandonarían su refugio entre la espesura.

Mi primer pensamiento fué buscar un refugio. El único existente era aquella espesura hacia el este. ¡Estaba atestada de lobos! No importaba. Confiaría en mi rifle y en mi buena puntería. Los caballos caminaban con dificultad. Faltaba poco para llegar cuando los lobos empezaron a aullar de una manera horrenda. Los caballos se espantaron, volcaron el trineo, y antes de darme tiempo para nada, cortaron los tiros y emprendieron veloz carrera hacia el oeste. Yo quedé tirado so-

bre la nieve al lado del trineo. Me levanté tratando de seguir el rastro de mis dos animales, pero tal era la cantidad de nieve que caía, que en seguida se borraron. Sólo me quedaba ahora un recurso. Ir al abrigo que me ofrecían los árboles, a pesar del peligro de los lobos.

Al llegar cerca del bosque, el cielo comenzaba a despejarse, y aparecían algunas estrellas. Pronto desapareció la nieve, y allí, en medio de la espesura, vi los ojos brillantes como bolas de fuego. ¿Podría defenderme? Eran más de veinte.

Uno de ellos, el más corpulento, parecía dirigir el ataque. Me miraba con odio mostrando los dientes. Levanté mi rifle e hice fuego. El bruto cayó exhalando un aullido atroz y, en un abrir y cerrar de ojos, todos los otros se arrojaron sobre él, lo despedazaron y lo devoraron.

Aprovechando la distracción de las bestias, corrí hacia un arbolillo y trepé en él para estar seguro; pero poco después noté, no sin el consiguiente horror, que tenía el cuerpo tan helado que me era imposible sostenerme. Al pie del árbol, andando de un lado para otro y saltando hacia mí, estaban los lobos enloquecidos por el olor a sangre. De cuando en cuando lanzaban aullidos que parecían hacer temblar el bosquecillo.

Varias veces hice fuego, pero sólo conseguí una de ellas dar en el blanco, y de nuevo volvió a repetirse el cuadro anterior. En un momento el lobo herido fué devorado por los otros. Tal era su hambre. Sólo quedaron de él los huesos.

En una ocasión, tan entumecido estaba, que casi caí al suelo; pero, por fin, después de varias horas, no vi más las sombras amenazadoras de las horribles bestias, y decidí jugar el todo por el todo. Echaría a andar y lucharía con los lobos antes de permanecer un momento más sobre las ramas del árbol expuesto a morir helado.

Bajé a tierra, cuidando de tener siempre a mano el rifle. El corazón me latía con fuerza. ¿Dónde estarían mis terribles enemigos? Creía firmemente que los lobos me estarían acechando para lanzarse sobre mí en cuanto pudieran verme con desventaja. Decidí vender cara mi vida luchando hasta el fin.

Pero con gran osombro mío, los lobos habían desaparecido. Sin duda, amortiguada el hambre por la carne de los que yo había ultimado con mi rifle, se habían dirigido a otro sitio, quizá ventando otra presa.

Los lobos no volvieron a aparecer, y luego de muchas horas de caminata, casi puede decirse al azar, pues no había huella alguna en la nieve, llegué completamente rendido a nuestra choza.

## Cachimbo, el elefante bebé

Por Martha Stenson

Esa semana los días habían estado muy lindos; así que la señora del ganadero les dijo a los chicos:

—Si el tiempo sigue así, el sábado haremos un pic-nic: ¿queréis?

—¡Desde luego!—dijo Miguel.

—¡Espléndido!—exclamó Bertita.

—¡Precioso!—gritó entusiasmada la pequeña Luisita, saltando por la habitación llena de alegría.

Y Cachimbo, el elefante bebé, movió su pedacito de cola y se abanicó con las orejas para demostrar su júbilo.

Porque a todos les gustaban los pic-nics con delirio, y éste era el primero de la temporada.

El viernes por la mañana, la señora del ganadero preparó chorizo, morcillas, tortas de frutas, bizcochos deliciosos y pasteles para el pic-nic del día siguiente.

Por la tarde, Miguel y Bertita, juntos con Luisa, miraban ansiosos al cielo para ver si el día sería bueno.

—Si de noche el cielo está rojo, los pastores se llenan de gozo—cantaba alegremente la pequeña Luisa.

—Eso quiere decir que mañana será buen día—exclamó Berta.

La noche del viernes Cachimbo sacó la cabeza por la puerta de su casita, y observó las estrellas y la luna. Como el elefante bebé entiende algo de astronomía, se dijo que el día próximo sería bueno. Luego se fué a dormir completamente satisfecho de su observación. A la mañana siguiente se levantó apenas cantó el gallo más madrugador de la granja, y vió que el sol aparecía lentamente por detrás de la colina.

—¡Viva! ¡Viva nuestro pic-nic!—gritó alegre al entrar de nuevo en su casilla para echar un suefécito más. Era tan temprano, que para esperar la hora del pic-nic lo mejor sería dormir; así el tiempo pasaba más rápido.

El pic-nic sería completo, nada de té solamente como otras veces, sino merienda y té.

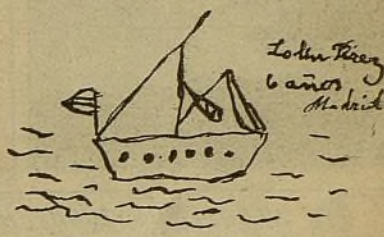
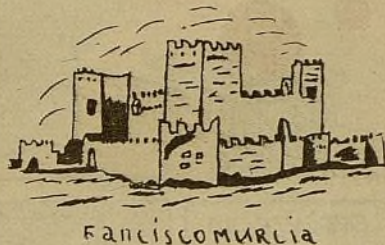
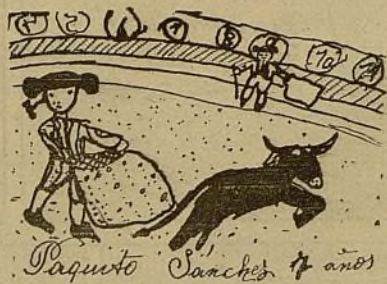
Partiría a eso de las once y media; así que después del desayuno todos tendrían que ayudar para preparar las cosas del pic-nic que irían en las canastas.

—No os olvidéis de las copas—dijo la señora del ganadero mientras empaquetaba los chorizos.

—Voy a buscarlas—dijo Miguel; y fué corriendo al aparador. Pero a Cachimbo le pareció ver que no las sacaba; él sabía que las copas eran unas



## LOS PEQUEÑOS DIBUJANTES



cosas de vidrio y creyó que lo que la señora pedía eran unos anteojos.

Como Cachimbo había visto los anteojos en una mesita de la sala, pensó que Miguel debía de irlos a buscar allá. Cachimbo estaba en estos momentos ocupado en poner en la canasta el pan y las botellas de limonada, así que no fué a buscar los anteojos.

Más tarde, sin embargo, el elefante bebé oyó a la señora que decía:

—No te se olvide mi encargo, Miguel.

—En seguida, mamá—dijo el niño, que estaba poniendo las morcillas en la canasta. Pero luego se olvidó otra vez de su encargo.

—Eso no puede ser—se dijo el elefantito, —yo mismo iré por los vidrios esos, no sea que nos olvidemos.

Así que se fué a la sala. Allí estaban los anteojos de su señora; los tomó, los puso en su cajita y, llevándolos a la cocina, los colocó en la canasta.

—Suerte que me acordaba dónde estaban—se dijo Cachimbo, muy contento de sí mismo.

Al fin todos estuvieron listos.

El ganadero les permitió que usaran el automóvil, y en él se fué la alegre comitiva al bosque. Una vez allí, bajaron y pusieron las cestas en un lugar cubierto de césped. Como todos tenían apetito decidieron merendar en seguida.

La señora del ganadero dió una vuelta por los alrededores, mientras los chiquillos, extendían el mantel y sacaban la comida de las canastas. Una vez que estuviera todo listo, llamarían a su mamá.

—¡Qué bonito que es estar aquí!—decía mientras tanto la señora del ganadero.

—Lástima que no he pensado en traerme los anteojos: el panorama es espléndido; pero yo no lo alcanzo a ver bien. ¡Qué tontería olvidarme de traerlos!

Cachimbo, que la oyó, se puso muy contento y orgulloso de sí mismo; metió la trompa en la canasta y sacó los anteojos de su ama.

—¡Es extraordinario—exclamó Bertita—que Cachimbo haya tenido tan buena idea!

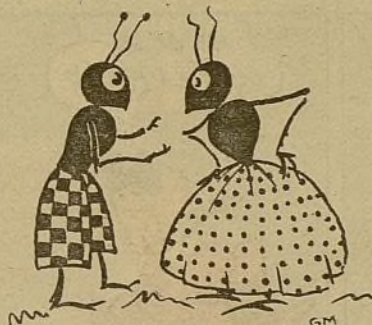
—Yo que ni siquiera pensé en ellos—replicó la señora.

Al oír esto Cachimbo pensó que debería de haber algún error, especialmente cuando al sentarse la señora, dijo:

—Bertita: ¿no te olvidaste de las copas?

—¡Ay! ¡Sí!

—Tendremos que beber en las botellas entonces, pues no tenemos donde echar la limonada.



## La sombra del Maestro

Por J. Ortiz

Malhumorados algunos, otros con cara de sueño todavía, a regañadientes no pocos, contentos y bulliciosos los menos, iban entrando los rapaces en la escuela, mientras daban las nueve en el reloj de Cuco que don Moisés, el maestro, tenía colgado a su espalda.

Casi junto a la puerta de la escuela, en el patinillo que a ella daba acceso y donde los chicos disfrutaban de sus ratos de recreos, presenciaba el maestro la entrada de sus alumnos, contestando cariñosamente a los "buenos días" con que saludaban, haciendo acaso una caricia a los más pequeños, o propinando un cachete cariñoso a algunos de los mayores, con fama de díscolos.

Dijérase que era un pastor que recontaba sus ovejas a la puerta del redil, y desde luego no había en el término de Pueblo Viejo, ni en cien leguas a la redonda, pastor que estuviera más contento de su ganado que lo estaba don Moisés con aquel bullicioso rebaño de corderillos traviesos.

Acomodado cada cual en su pupitre, cruzó el maestro entre las mesas alineadas simétricamente, y fué a ocupar su flácido sillón de gutapercha, que ya apenas si brindaba comodidad a los

Entonces, Cachimbo comprendió su error; había confundido copas con anteojos porque son de vidrio.

Pero nadie supo jamás que el elefante bebé había traído los anteojos por equivocación, y desde aquel día pasó ante el mundo por el animal más inteligente del universo.

Por una vez acertó y se acreditó de sabio.

diré que para vosotros el nuevo año quiere decir que seáis más buenos, aun más aplicados y virtuosos que lo fuisteis hasta ahora. Quiere decir que habéis dado un paso más en la senda de vuestra vida, y que por estar al principio de ella, debéis de caminar con mucho cuidado para no tropezar y caer, que en la vida no hay senderos que no tengan abrojos, y sólo con la virtud, el trabajo y la buena voluntad pueden salvarse. Quedamos, pues—terminó el maestro—, en que tendréis presente estos consejos que os doy y seréis aun más buenos y aplicados que hasta ahora: ¿no es eso?

Como nadie osaba afirmar con la palabra, don Moisés, requirió:

—Contestad, hijos míos

—¡Sí, señor!—respondieron a coro los sesenta y tantos muchachos.

—Perfectamente—replicó el maestro con cierto gozo en el semblante—. De sobra sabía yo que habíais de tomar en consideración mis consejos para seguirlos al pie de la letra. Ahora demos comienzo a las tareas del día.

Púsose en movimiento el tropel infantil, y pronto quedaron reunidos en secciones los alumnos, formando grupos entre mapas y pizarras, capitaneados por un "mayor" y también uno de los pelotones ante la mesa del maestro.

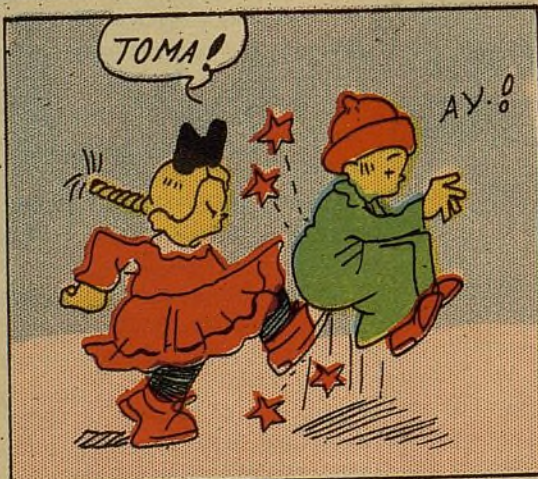
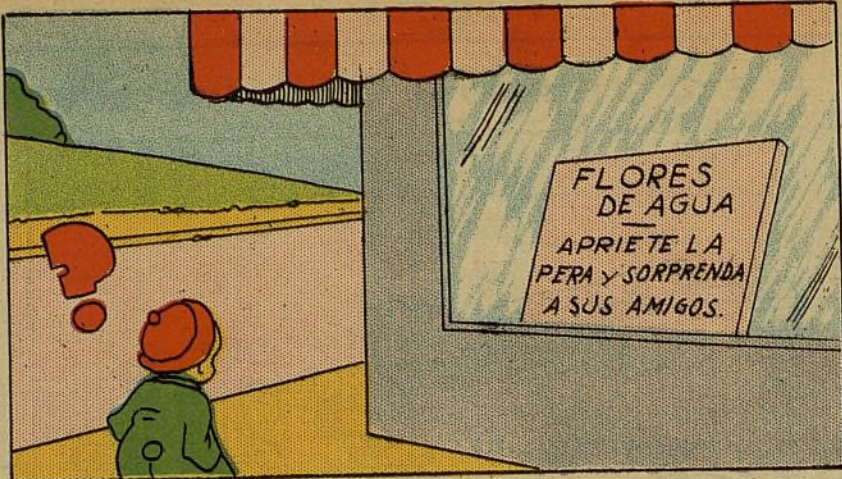
Un zumbido de colmena alzóse en el aula—rumor de voces infantiles al dar las lecciones—mientras en el patinillo, lleno de un claro sol de invierno, piaban alegremente hasta dos docenas de gorrones y canarios que don Moisés tenía prisioneros en sus jaulas. Eran aquellos pájaros la mayor afición—después de la enseñanza—del viejo maestro. "Mis chicos y mis pájaros... He aquí mi mundo", solía decir. Y en su pasión por unos y por otros, llegaba hasta a confundirlos, tomando por gorjeo de canarios la vocecilla de algún pequeñuelo, o figurándose que un gorrión deletreaba de corrido el a b c...

## II

Mediadas las clases y la mañana, don Moisés sonó las palmas, y los chicos abandonaron la sala del colegio, irrumpiendo ruidosamente en el patio para disfrutar de veinte minutos de recreo. A los pocos minutos de asueto, pro-

Sigue en la página 6.









# PANCHO





# La sombra del Maestro

Viene de la página 3.

movióse en el patio revuelto de riña, y momentos después, abriéndose paso entre sus camaradas, entró un niño, llorando en el aula, y acercándose al maestro, le dijo:

—Señor maestro... Angelín me ha pegado.

Don Moisés, acogió, consolador, al muchacho, que era de los mayorcitos, y contaba de siete a ocho años.

—Vaya, por Dios... Pues espérate aquí, que voy a llamar al dicho Angelín para decirle lo que se merece.

Asomóse don Moisés al patio, donde los chicos, suspendiendo sus juegos, aguardaban con curiosidad la llamada del culpable, e hizo una seña a éste, quien separándose de los demás, y poco contrito por su falta, iba rayando la pared con un cristal. Era un chico de seis años, menudo, casi negro de puro moreno, de aire nervioso y ojos vivos, con cara de lo que era: el más travieso, haragán, desobediente y desaplicado de todo el colegio.

De mala gana cruzó entre sus compañeros y entró en la sala, presentándose a don Moisés.

—Ven acá, demonio, ven acá—comenzó a reprenderle el maestro—, que como te tengo dicho no supieron al bautizarte lo que se hacían, te pusieron de nombre Angel y debieron de ponerte Demonio, porque eres el mismo Diablo en persona... ¿Por qué has pegado a este niño? ¿No te da vergüenza poner la mano encima a uno que es más?... Don Moisés iba a decir: a uno que es más pequeño que tú, pero como advertiera que era mayor rectificó: —¿No te da vergüenza poner la mano encima a un compañero tuyo?... ¡Buen caso has hecho de los consejos que os he dado a todos al empezar la clase! ¡Bien empezas el año! Pero estoy decidido a ser más severo contigo y no dejarte pasar la falta más leve, y voy a empezar ahora misma... Ponte

aquí, de rodillas y con los brazos en cruz, hasta que yo te avise. Anda... Ceñudo y remolón, Angelín se dispuso a cumplir el mandato.

—Y tú—prosiguió, dirigiéndose al otro niño que aún lloriqueaba—no llores más y toma...

Y le dió un caramelo que sacó del bolsillo, pues don Moisés, si no castigaba con almendras los pecados infantiles, solía repartir alguna golosina entre sus párvulos.

Volvióse el mayorcito chupando su caramelo al patio, y sólo quedaron en el aula don Moisés y Angelín, éste expiando su culpa y don Moisés contemplándole con más ganas de levantarle el castigo que de otra cosa, pues el bondadoso maestro era de los que creía, que para los niños, por malos que sean, valen más la reflexión que los castigos, y logra más la tolerancia que la intransigencia. Así que, a los pocos momentos, don Moisés hizo levantar al delincuente y le dijo:

—No me gusta castigar a nadie, ya lo sabes, y tú te empeñas en ser siempre el castigado. Prométeme que no volverás a hacer nada malo y que harás caso de mis advertencias.

—¿Lo prometes?... Contesta.

—Sí, señor—murmuró el chiquillo.

—Bueno; así me gusta, pero que no te se olvide, Angelín, que no te se olvide... Que sea el de ahora verdadero propósito de enmienda, y no ocurra como tantas veces que me prometistes lo mismo... Anda al patio a jugar un poco.

Angelín salió corriendo. Don Moisés suspiró.

—¡Lástima de muchacho! Con lo listo que es... Pero, o poco puedo yo, o he de hacer bueno a este muchacho.

Ciertamente que era listo Angelín. Comprendía el sentido de las lecciones y de las cosas mejor que cualquier otro muchacho y era mañero para lo que quería. Pero la piel de Barrabás no le dejaba vivir... Pegaba a los chicos. Lo revolvía todo, hacía novillos, burlábase del maestro, hasta se atrevía a hurtar objetos particulares a sus compañeros que guardaban en los pupitres.

—¡Es un ladrón!—se decían unos y

otros en tono de misteriosa confidencia. Y el precoz ladronzuelo tenía algo, sin duda, de titiritero, porque daba unos saltos terribles y trepaba admirablemente (y, según se susurraba, había saltado más de una vez la tapia del patio de la escuela, acaso para realizar alguna ratería... Del diminuto héroe contábase hazañas estupendas... según el miedo o la imaginación de sus infantiles camaradas.

## III

La madre de Angelín era lavandera, y todas las mañanas iba al río a ganar su sustento y el de su hijo. Se llamaba Juana, y era muy buena mujer, a la que don Moisés profesaba gran afecto, porque, según se decía en Pueblo Viejo, el maestro, allá en su juventud, había estado enamorado de la madre de Juana, una de las mozas más guapas que había habido en el pueblo.

Tímido y platónico, el entonces joven maestro, no se atrevía a declarar su amor al objeto de él, hasta que un día, otro galán más atrevido, llegó, enamoró a la moza, y se casó con ella, dejando al pobre de don Moisés con un palmo de narices.

No poca tristeza puso en el corazón del maestro aquel desgraciado accidente de su vida, y aún más cuando a los dos años apenas de casada, moría la que había sido dueña de su alma, dejando a Juana como único fruto de su matrimonio. Pasaron los años, don Moisés permaneció soltero, Juana casó y poco tiempo después, perdía a su padre y a su marido, quedándose sólo con su pequeño Angelín. Entonces fue cuando el maestro empezó a cultivar el trato de la lavandera y a interesarse paternalmente por ella y por su hijo, a los que acaso allá en la intimidad de su corazón, mirara como hija y nieto. ¡Con qué dolor, pues, no iba a ver la conducta de Angelín, sus constantes travesuras, su desobediencia y desaplicación!

—Mira, Juanita—solía decir don Moisés a la madre en presencia del chico. —A este diablo te lo llevas una mañana al río, le metes la cabeza en el agua ¡y que se ahogue!

Y mientras esto decía, acariciaba al muchacho, o le metía una golosina en la boca.

## IV

El mismo día que don Moisés reanudó sus clases, dirigiendo a sus alumnos la palabra con motivo del año nuevo, cayó enfermo en la cama. Al salir por la tarde de la escuela sintióse indispuerto, y se acostó. Al día siguiente no pudo levantarse. Llamado el médico del pueblo, reconoció al maestro, y dijo a la anciana que le servía:

—Esto se acaba... El pobre de don Moisés no tiene enfermedad alguna; no le duele nada... Es, sencillamente, que se apaga como un candil, que el corazón se niega a seguir funcionando porque está muy cansado; que el mecanismo de esta máquina tiene ya todas las ruedecitas gastadas.

En efecto, pocos días después, don Moisés amaneció muerto. Se había quedado "como un pajarito", sin dolor, sin agonía. Pueblo Viejo entero lloró sinceramente la muerte del maestro. ¡Era tan bueno, tan cariñoso! ¡Quería tanto a los niños!

La escuela, cerrada con motivo del triste suceso, causaba pena a los que acertaban a pasar ante ella. Su soledad y su silencio hubieron de ser profanados, sin embargo, por un invasor audaz, al día siguiente de haberse dado sepultura en el humilde cementerio de Pueblo Viejo al bendito maestro. Si al anochecer de aquel día, alguien hubiera pasado por la solitaria calle, hubiera sorprendido al incorregible e indómito Angelín saltando la tapia del patio.

¿Qué iría a hacer el osado muchacho, penetrando en la sala del colegio, sin respeto alguno a la sombra del maestro? Acaso revolver todos los pupitres para apoderarse de lo que se le antojara. Pero no, Angelín, sin detenerse en los pupitres, se fué derecho a la mesa de don Moisés... Recordaba perfectamente que el maestro, la mañana que le había castigado de rodillas y en cruz por pegar a su compañero, había dado a éste un caramelo, y después guardado el paquete, ¡tan abultado!, en el cajón de la mesa... Eso

# La Casa de Pichi

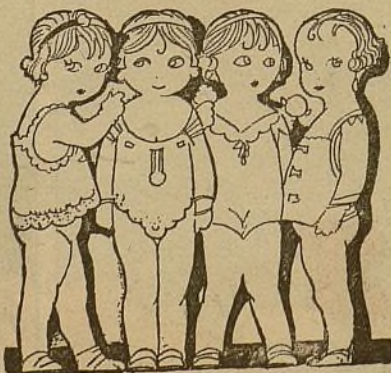
Los mejores y más baratos juguetes de todas clases para niños

Los Madrazo, 1 Teléfono 96247

## MUNECOS PICHIS

El Pichi legítimo y patentado sólo lo venden en La Casa de Pichi, Los Madrazo, 1. Casa Colomina, Puerta del Sol, esquina Carrera San Jerónimo. Casa Llacer, Atocha, 49, y en los Kioscos del Teatro Pavón y Circo de Price.

## Pichi regala a sus amiguitas una peseta



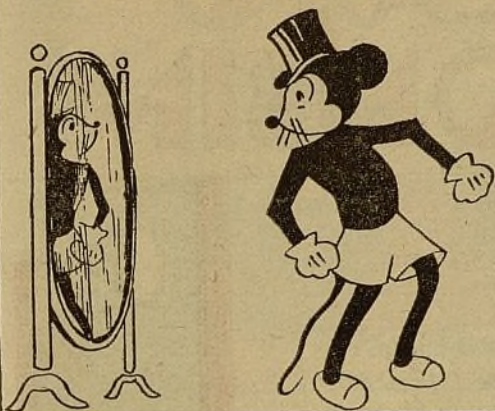
Pichi, acaba de editar cuatro grandes muñecas para vestir, de cincuenta centímetros de altas, en cartón. Se llaman, Cheché, Nené, Pilé y Teré. Pronto serán tan populares como el mismo Pichi, y con objeto de que las conozcan todas sus amiguitas, Pichi venderá un millar de ellas a mitad de su precio, o sea, UNA PESETA.

De venta en la Administración de Pichi, Mayor, 19. Para provincias, una peseta cincuenta céntimos.

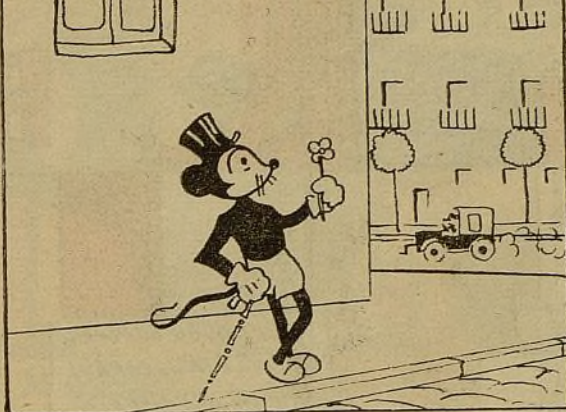
Niñas, no dejéis de adquirir, antes de que os cueste más caro, las cuatro muñecas, Nené, Cheché, Teré y Pilé.



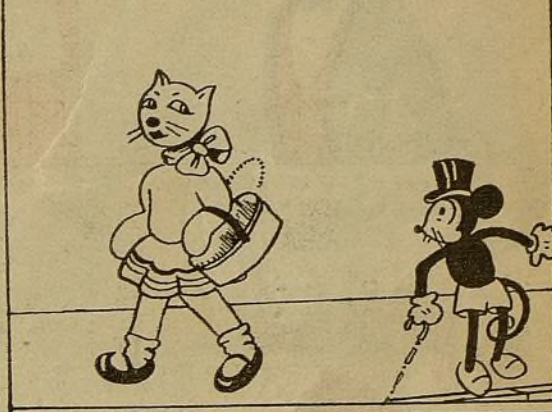
CHUPIN RATON PINTURERO  
SE COMPRO UN LINDO SOMBRERO



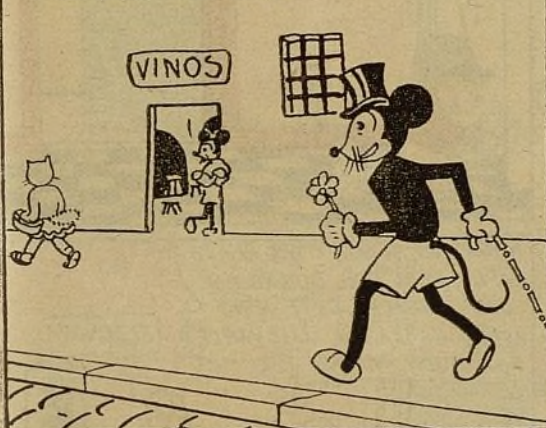
CON EL QUIERE CASTIGAR  
Y UN PASEO SALE A DAR



SE ENCUENTRA CON PITUSILLA  
UNA GATA MODISTILLA



CHUPIN SE QUEDA PRENDADO  
Y LA SIGUE APRESURADO



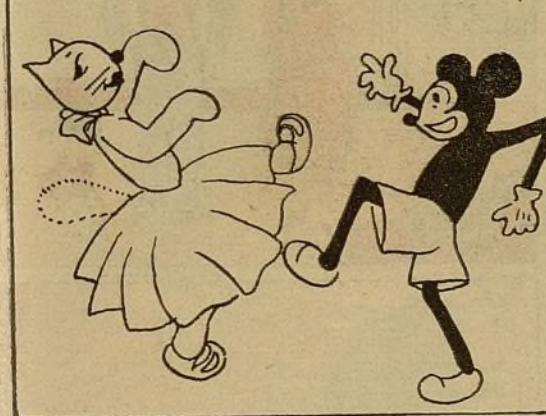
LE DECLARA SU PASION  
Y LE ENTREGA EL CORAZON



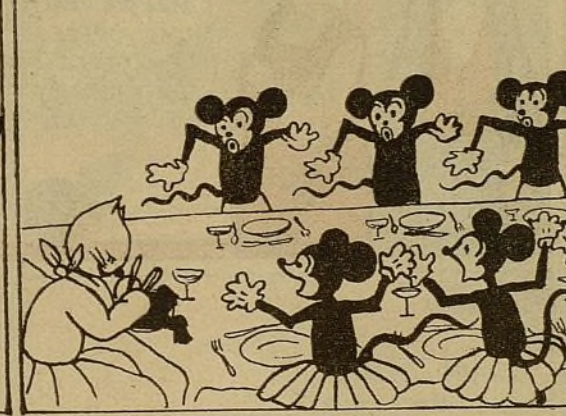
DE TODOS CON GRAN CONTENTO  
CELEBROSE EL CASAMIENTO



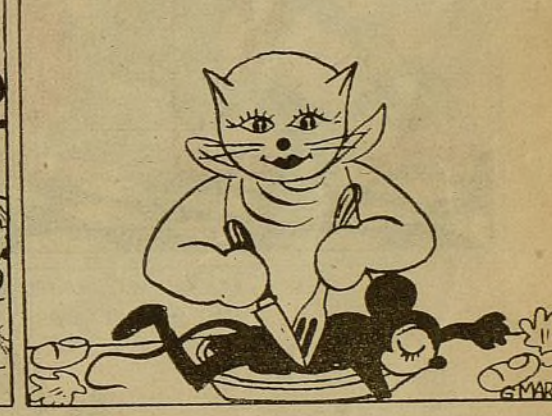
ANTE GRAN ESPECTACION  
BAILAN WEGO UN PERICON



AL COMER LOS INVITADOS  
ALGO LES DEJA ASUSTADOS



PITUSILLA QUE UNA GATITA ES AL FIN  
COMIEDOSE ESTA A SU CHUPIN



era lo que Angelín quería; apoderarse del paquete de caramelos.

Pero al llegar el ladronzuelo a los escalones del estrado, una súbita aparición le detuvo. En la penumbra cenicienta del atardecido, surgió la sombra del maestro... Angelín quedó paralizado por el miedo... ¡Si era el propio don Moisés el que estaba allí, de pie ante su mesa, con su bondadosa sonrisa habitual en los labios!

La voz del maestro dijo así, dulcemente:

—¡Angelín!... ¡Pequeño mío!... ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Por qué entrastes de esa manera? ¿Qué es lo que quieres? ¡Ah, ya lo se, ya lo se!... Querías el paquete de caramelos ¿no es verdad?... Sí, eso es... toma, los caramelos... cómetelos.

El maestro alargaba la diestra hacia Angelín, ofreciéndole los caramelos.

Angelín, pálido, temblando, sintió que su pequeña alma de niño se le llenaba de angustia, cayó de rodillas ante la sombra venerable de don Moisés, y rompió a llorar amargamente. Luego, entre el llanto, exclamó:

—¡Perdón, señor maestro, perdón!... Perdóneme usted por haber sido malo, por haberle ofendido, por haberle desobedecido... Perdóneme usted... Yo le prometo, yo le juro que desde hoy seré bueno, seré obediente, seré aplicado, seré juicioso... No pegaré más a ningún chico, no les quitaré nada, no volveré a saltar la tapia de la escuela... Perdóneme usted... Yo le juro que seguiré todos sus consejos, haré vida nueva, que el nuevo año será para mí como usted quería que fuese... que seré un hombre de bien cuando sea mayor, y trabajaré para mi madre, y me acordaré de usted toda mi vida...

El maestro sonreía, aún con mayor dulzura que siempre, y continuaba con los brazos extendidos y en la mano los caramelos...

Angelín, sollozando, prosiguió:

—¡No, no quiero los caramelos!... ¡Lo que quiero, señor maestro, es que usted me perdone y me castigue!... ¡Sí, castígueme usted, señor maestro!... ¡Me pondré con los brazos en cruz y de rodillas y así estaré hasta que usted me diga que me levante!

Y Angelín cayó de rodillas, poniendo los bracitos en cruz.

La sombra del maestro, sonreía, sonreía...

FIN

## Chistes y colmos

—¿Cuáles son los chicos más mal educados?

—Los que hacen de monaguillos, porque contestan a los padres

—¿Cuál es el colmo de un albañil?

—Trabajar con cal... cetines.

El maestro.—¿Sabrás decirme cómo se llama a los que han nacido en España?

El discípulo.—Españoles.

El maestro.—¿Y los nacidos en Francia?

El discípulo.—Franceses.

El maestro.—¿Y los nacidos en Orán?

El discípulo.—Orangutanes.

Belorcio.—Pichí, ¿a que no sabes en

qué se parece una criada a un torero? Pichí.—En que van a la plaza.

Rafael Díaz

Una señora le dice a un pintor que la ha hecho un retrato:

—¿Qué, ¿llevó usted mi retrato a la exposición?

—Sí, señora, y ¡mire que injusticia! Este periódico me llama pinta monas.

—¿Cuál es el colmo de un herrador?

—Poner una herradura a un caballo de mar.

Faustino.

—¿En qué se parece mi madre a un cura?

—En que siempre está predicando.

Alejandro Casado.

En la escuela.

El maestro.—A ver, tú, Juanito, si sabes explicarme el por qué el león tiene la melena tan larga.

El alumno.—Porque no hay un peluquero que se atreva a cortársela.

Luisa Oliva



# KAYO BOMBIN

